

El estudio del fascismo

Francisco Javier Luque Castillo*

PINTO, António Costa (ed.). *Ruling elites and decision-making in fascist-era dictatorships*. New York: Columbia University Press, 2009, 266p.

Desde su aparición, en los albores del siglo XX, el fascismo ha sido objeto de reflexión por parte de analistas de toda condición. Esto nos sitúa, en primer lugar, ante un tema sobre el que se ha escrito y se ha dicho mucho, de tal manera que los términos del debate académico pueden considerarse bien definidos. A este respecto cabe afirmar, por ejemplo, que es posible identificar entre los estudiosos del fascismo dos grandes grupos: por un lado, quienes lo consideran una corriente intelectual que trasciende los límites temporales del período de entreguerras – entre los que se contarían Linz, Payne y Griffin;¹ por otro lado, quienes lo interpretan como el producto de una época concreta de la historia europea – postura a la que se adscriben Nolte y Paxton.² Asimismo, desde que se publicaron los primeros trabajos científicos hasta hoy, la manera de abordar este fenómeno socio-político ha experimentado varios cambios, destacando especialmente la transición desde un enfoque basado en la búsqueda de una definición genérica de fascismo – aproximación fuertemente cuestionada en los años setenta – a otro que, sin ignorar por completo las similitudes, centra su atención en las particularidades de cada caso nacional.³ El notable desarrollo de este campo de estudio, lejos de agotar los interrogantes o zanjar controversias, sigue atrayendo a numerosos investigadores de diferentes disciplinas. Por este motivo el fascismo constituye, en segundo lugar, una preocupación

* Francisco Javier Luque Castillo es investigador en el Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad de Granada. Entre sus publicaciones más relevantes destaca el libro “La percepción de los ministros del Gobierno de España (1984-2009)” (2010, Madrid, CIS), firmado junto a Teresa Mata y Manuela Ortega. Universidad de Granada. Contacto: javierluque@ugr.es

¹ LINZ, Juan José. *Totalitarian and authoritarian regimes*. Boulder, CO: Lynne Rienner, 2000. PAYNE, Stanley G. “The concept of fascism” en *Stein Ugelvik Larsen*. Bernt Hagtvet y Jan, FALTA REFERENCIA COMPLETA 1980. GRIFFIN, Roger. *The nature of fascism*. London: Routledge, 1996.

² NOLTE, Ernst. *Three faces of fascism: Action Française, Italian fascism, National Socialism*. New York: Mentor, 1969. PAXTON, Robert O. “The five stages of fascism”, *The Journal of Modern History*, 70, 1998. FALTA REFERENCIA COMPLETA

³ KALLIS, Aristotle A. *The fascism reader*. London and New York: Routledge, 2003.

vigente entre los académicos de todo el mundo, siendo pruebas elocuentes de ello el relativamente reciente giro culturalista,⁴ o la apertura de nuevas líneas de investigación.⁵

Habida cuenta de lo expuesto más arriba, *Ruling elites and decision-making in fascist-era dictatorships* puede considerarse un producto genuino del momento que actualmente atraviesa el estudio del fascismo. Sus autores son herederos de una tradición investigadora plenamente consolidada pero, además, indagan en una dimensión insuficientemente explorada de tal ámbito epistémico, concretamente, en las estructuras de poder que operaron en los regímenes asociados con aquel movimiento político. La profundización en dicha línea de análisis se inscribiría, a decir de António Costa Pinto – editor del volumen –, en el renovado interés de las ciencias sociales por los factores que favorecen o perjudican la supervivencia de las dictaduras. No obstante, las contribuciones que integran el presente libro parten, además, de dos premisas fundamentales que condicionan la posterior labor investigadora. La primera de ellas es que los dictadores no gobiernan solos, apoyándose siempre en unas élites gobernantes que los asisten. La segunda es que los autócratas necesitan crear o adaptar instituciones que les sirvan de plataforma para negociar y tomar decisiones con tales élites. En otras palabras, sin instituciones los dictadores no pueden hacer concesiones políticas, una potestad que les faculta para maniobrar con mayor agilidad ante eventuales cuestionamientos de su autoridad. Como se puede apreciar, la asunción de ambos postulados conlleva implícitamente el rechazo de la hipótesis de un poder sin fisuras, ejercido en régimen de monopolio por un mandatario absoluto. De hecho, los sistemas políticos sometidos a examen en esta obra ofrecen, con variaciones, entramados institucionales más complejos de lo que cabría esperar a partir del personalismo practicado por sus máximos dirigentes. Sin embargo, del análisis formal de estos regímenes – como de cualquier otro – no se puede inferir su funcionamiento real, siendo necesario para tal cosa el empleo de técnicas de investigación que permitan dilucidar cuál es el auténtico *locus* del poder.

⁴ El “nuevo consenso” proclamado por Roger Griffin en los noventa – expresión del referido giro culturalista – se encuentra sometido igualmente a crítica y revisión a día de hoy. EATWELL, Roger. “Ideology, propaganda, violence and the rise of fascism” en PINTO, António Costa (ed.). *Rethinking the nature of fascism: comparative perspectives*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2011.

⁵ Entre estas nuevas líneas de investigación destacan también, entre otras, la incorporación del enfoque de género al estudio del fascismo (PASSMORE, Kevin. “Theories of fascism: a critique from the perspective of women’s and gender history” en PINTO, António Costa (ed.). *Rethinking the...* op. cit.) o el análisis de la interacción entre este fenómeno y las religiones dominantes en la Europa de entreguerras (POLLARD, John. “Fascism and religion” en PINTO, António Costa (ed.). *Rethinking the...*, op. cit.)

Definido el objetivo – identificar el epicentro de la toma de decisiones en las dictaduras asociadas con el fascismo –, así como los presupuestos de partida, el volumen acoge el escrutinio de cuatros casos concretos: la Italia de Mussolini, la Alemania nazi, el Portugal salazarista y la España de Franco. Tratándose de un estudio temporalmente circunscrito a la “era fascista” – como reza el título del libro –, y asumiendo que ésta transcurre entre el ascenso al poder de *Il Duce* (1922) y el fin de la Segunda Guerra Mundial (1945), el análisis de las experiencias dictatoriales portuguesa y española se limita a dicho período, aun cuando salazarismo y franquismo conocieron otras tres décadas de existencia.⁶ Cada régimen es objeto de estudio en dos capítulos diferenciados, si bien el franquismo ocupa uno solo, más extenso que el resto. Con la lógica excepción de España, y aunque el planteamiento de las distintas contribuciones difiere sensiblemente – algo no sólo comprensible sino deseable, teniendo en cuenta las múltiples particularidades que presenta cada caso –, el examen de los casos italiano, alemán y luso se sustenta, respectivamente, en un capítulo dedicado a la composición socio-política de la élite ministerial, y en otro orientado a la investigación de la tríada dictador-gabinete-partido único. La obra es clausurada por unas conclusiones a cargo del profesor Cónsta Pinto – también responsable de la introducción – que, además de resumen y balance, aporta una visión de conjunto muy conveniente, dado el carácter fragmentario y coral del libro que aquí se comenta.

En el primer capítulo, “Mussolini, charisma and decision-making”, Didier Musiedlak nos descubre cuán inexacto resulta el calificativo “totalitario” para definir al sistema político así denominado por quien fue su jefe de Gobierno durante dos décadas. Esto es así, argumenta Musiedlak, no sólo porque Mussolini heredó un marco legal-constitucional que le llevó bastante tiempo subvertir, sino también porque sustentó el desarrollo de su régimen en la colaboración entre viejas y nuevas élites. Como prueba de lo primero aporta el hecho de que *Il Duce* tuvo que contemporizar con instituciones del *Statuto Albertino* como la Corona o el Senado, una contemporización evidenciada paradigmáticamente en la autonomía demostrada por el rey Vittorio Emmanuel III con motivo de la destitución de Mussolini en 1943, o en la fascistización solo parcial de la cámara alta. Según el profesor Musiedlak, estas y otras limitaciones indujeron a Mussolini a tratar de incrementar su margen de maniobra mediante la explotación del carisma, una cualidad llamada a otorgarle autonomía efectiva en el proceso de toma de decisiones. No obstante,

⁶ Al optar por el examen temporalmente acotado de las dictaduras portuguesa y española se obvia, de algún modo, el debate historiográfico habido en ambos países acerca de la eventual naturaleza fascista del salazarismo y el franquismo respectivamente.

como bien explica el autor, el carisma es enemigo de la rutina, y la construcción de un Estado burocrático autoritario por parte de Mussolini – como modo de consolidar su dominio – socavó al mismo tiempo su capital carismático. Tal cosa tuvo quizá su expresión más plástica en el tipo de relación que acabó estableciéndose entre el primer ministro y los burócratas de los distintos ministerios, pues aquel terminó por convertirse en una víctima de su propio estilo de liderazgo. Mussolini, como máxima autoridad de un sistema de gobierno racional-burocrático, centralizó en su persona multitud de funciones y competencias, lo cual le obligaba a devorar cantidades colosales de informes, planes y estudios; así como a mantener innumerables reuniones con técnicos, especialistas, asesores y ministros. Semejante dinámica alentó de manera impremeditada el reforzamiento de la burocracia estatal, otra institución legada del régimen anterior que también dificultó la implantación del proyecto totalitario. Los esfuerzos de Mussolini para compensar este efecto indeseado de su gestión, concretados fundamentalmente en operaciones dirigidas a la intensificación de su autoridad carismática, solo consiguieron perturbar el proceso de toma de decisiones y restar eficacia al sistema político.

A continuación, en “Political elite and decisión-making in Mussolini’s Italy”, Goffredo Adinolfi abunda en la perspectiva desarrollada por Musiedlak, y nos presenta a un Mussolini que, además de convivir con instituciones oriundas de la era liberal, promueve inicialmente el reclutamiento de personal político adiestrado en dicha época. Así ocurrió claramente en el primer bienio de la nueva era, con un gobierno integrado por liberales, *popolari*, nacionalistas y fascistas. Semejante pluralismo dentro del ejecutivo no duraría demasiado – en realidad terminó con las elecciones de 1924.⁷ Sin embargo, como bien apunta Adinolfi, no sólo se mantuvieron en el gabinete ministros ajenos al PNF – como los nacionalistas Alfredo Rocco y Constanzo Ciano –, sino que además fueron éstos los que protagonizaron algunas de las carreras ministeriales más extensas. Los ministros de extracción fascista, que en promedio permanecieron menos tiempo al frente de sus respectivas carteras, representaron además una ruptura respecto al régimen anterior en lo que concierne a su perfil socio-político.⁸ En este sentido, por ejemplo,

⁷ Tras la celebración de estos comicios el Partito Nazionale Fascista (PNF) obtuvo las dos terceras partes de los escaños en la cámara baja, y la oposición – formada por socialistas, liberales, comunistas y *popolari* – fue prohibida.

⁸ Merece señalarse que el trabajo de Goffredo Adinolfi complementa idóneamente el publicado hace unos años por Maurizio Cotta y Luca Verzichelli sobre la élite ministerial italiana, pues en éste quedaba fuera del estudio el período 1922-1946. COTTA, Maurizio; LUCA, Verzichelli. “Ministers in Italy: notables, party men, technocrats and media men” en ALMEIDA, Pedro Tavares; PINTO, António Costa y BERMEJO, Nancy. *Who governs Southern Europe? Regime change and ministerial recruitment, 1850-2000*. London: Frank Cass, 2003.

la élite ministerial fascista presenta una edad media (47) más baja que las de sus equivalentes liberal (52) y republicana (54), un dato que adquiere aun más significación al comprobarse que, entre 1922 y 1943, los sucesivos gabinetes experimentaron un incesante rejuvenecimiento. Asimismo, en la era Mussolini tuvieron una mayor presencia en el gobierno los políticos sin titulación universitaria (36 por ciento), un aspecto que contrasta de modo bastante gráfico con la hegemonía de los graduados superiores entre los ministros de la monarquía constitucional (83.2 por ciento) y la Primera República (90.8 por ciento). Por otra parte, resulta igualmente llamativo que entre los titulados universitarios no se reproduzca una hegemonía de juristas (46 por ciento) tan acusada como en los regímenes precedente (64 por ciento) y posterior (62.8 por ciento), siendo inusualmente notable el peso de los ingenieros (13 por ciento). En todo caso, habida cuenta de la juventud y menor formación de los individuos, no constituye una sorpresa el hallazgo de que un alto porcentaje de ministros del período (70.7 por ciento) podrían ser calificados como políticos profesionales.⁹

Además de evidenciar la ruptura que representaba – en términos socio-políticos – gran parte de la dirigencia cooptada por *Il Duce*, el capítulo de Adinolfi provee de soporte empírico a las tesis defendidas previamente por Musiedlak en lo relativo a la toma de decisiones. Y es que, en contra de lo que pudiera pensarse, la fascistización de la élite ministerial italiana no se corresponde con un dominio de los resortes del poder estatal por parte del PNF. Esto queda puesto de relieve, en primer lugar, por el hecho de que hubo más reuniones del Consejo de Ministros que del Gran Consejo Fascista, aunque la actividad de ambos órganos decreció a un ritmo constante – y prácticamente homologable – hasta el cese de Mussolini en 1943.¹⁰ En segundo lugar, el primer ministro solía acaparar varias carteras – un promedio de seis, aunque llegó a responsabilizarse de nueve, lo cual le confería capacidad de veto en cualquier asunto tratado en el Consejo de Ministros – en la medida que disponía de un voto por cada departamento del que era titular. En consideración de tal pauta, Adinolfi cree oportuno hablar de una administración dentro de la administración, esto es, de un poder centralizado superpuesto al del gabinete, integrado por personas leales al líder sin autoridad formal en el proceso de toma de decisiones. Por último, la hegemonía orgánica ejercida por Mussolini en

⁹ Adinolfi explica este fenómeno estableciendo una relación de causalidad entre el intenso activismo que demandaba el movimiento fascista a sus partidarios (llamados a participar en actos de todo tipo, incluido el *squadristimo*), y las suculentas contra-partidas que éste les devolvía, como recompensa, en forma de puestos en organizaciones para-estatales, corporaciones, sindicatos u otras instituciones.

¹⁰ Hasta su reunión con motivo de la destitución de Mussolini, el Gran Consejo no se había convocado desde 1939.

el ejecutivo fue acompañada por una elevada inestabilidad gubernamental – mayor incluso que la habida en la Primera República, en contra de lo que suele pensarse –, un fenómeno comprensible si se piensa en el efecto desestabilizador que seguramente introducía en el juego político la ya referida explotación del capital carismático. En definitiva, el análisis de las dinámicas institucionales, en la Italia de la época, revela una superioridad funcional del primer ministro a costa del partido, en detrimento del gobierno, y en beneficio de la burocracia estatal. Este diagnóstico, además de coincidir con el de Musiedlak, verifica las observaciones de autores como Aquarone o De Felice.¹¹

El gobierno de la Alemania nazi, como demuestra Ana Mónica Fonseca en el tercer capítulo – titulado “Ministers and centres of power in Nazi Germany” –, también experimentó la desnaturalización vivida por el ejecutivo italiano. Sin embargo, el proceso por el cual el gabinete acaba convirtiéndose en el eslabón más débil del entramado institucional nazi, discurre por unos derroteros distintos a los observados en el caso de la Italia fascista. Así, después de una primera fase en la que los ministros mantuvieron la autonomía inherente a su cargo – incrementada incluso tras la disolución de los Länder y la aprobación de la Ley Orgánica de 1933¹² – vino una etapa marcada por el arrinconamiento funcional del gobierno. Según Fonseca, en esta deriva tuvo mucho que ver el desinterés del *Führer* por la organización del ejecutivo, pues Hitler solía rehuir el enfrentamiento personal y demandaba a su entorno que los asuntos llegaran a él ya discutidos. En este sentido, no sólo otorgaba una gran autonomía a sus lugartenientes, sino que además fomentaba que éstos levantaran auténticos “imperios personales” – dentro del propio régimen – mediante la creación de organizaciones especiales encabezadas por ellos. Como se puede deducir, la constitución de dichas unidades administrativas – que en ocasiones se planteó sin otro propósito que el de soslayar determinados conflictos – socavaba el monopolio ejecutivo de la autoridad desde el momento en que tenían potestad para interferir en el área de responsabilidad de los ministerios, con capacidad para definir sus objetivos independientemente del gobierno, pero con la asistencia del aparato estatal. La autora de este trabajo ilustra el estado de “poliarquía” que se vivió en la era nazi con el estudio de dos casos particulares: Fritz Todt y Hermann Göring.

Dado el carácter testimonial y simbólico del gabinete en la Alemania nazi, así como el pobre papel finalmente reservado para

¹¹ AQUARONE, Alberto. *L'organizzazione dello stato totalitario*. Turin: Einaudi, 1965. DE FELICE, Renzo. *Le interpretazioni del fascismo*. Bari: Laterza, 2000.

¹² Con la Ley Orgánica (*Ermächtigungsgesetz*) se disolvió el parlamento, quedando el ejecutivo como principal órgano legislativo.

sus miembros, no resulta extraña la composición homogénea de la institución, ni la duradera permanencia de aquéllos en sus respectivos cargos – generalmente, por más de ocho años. En realidad, ambos fenómenos se encuentran relacionados de algún modo, pues la escasa atención prestada por Hitler a la dirigencia ministerial se convirtió en una garantía de estabilidad para sus integrantes, lo cual redundó a su vez en la consolidación de un determinado perfil socio-político. En este sentido, y en contraste con sus pares italianos, los ministros nazis constituyeron un grupo maduro – nacido a finales del siglo XIX y, por tanto, socializado en la “humillación” vivida por Alemania en la Primera Guerra Mundial –, y con un nivel educativo muy elevado – reflejo de la extracción social medio-alta del colectivo. Curiosamente, el *Führer* y algunos de sus hombres más próximos no se ajustaban a estas características.¹³ Sin embargo, los líderes nazis – como Hitler y Goebbels, entre otros – sí compartían con la mayoría de los restantes miembros del gobierno un pasado de activismo político profesional (56.8 por ciento). No en balde, la pertenencia al partido – y especialmente el desempeño de un puesto en primera línea – fue una credencial fundamental para obtener un asiento en el gabinete.¹⁴ Esta circunstancia, sumada a la multiplicidad de poderes que competían entre sí por acaparar la atención del *Führer*, contribuiría a probar la tesis de que, en la Alemania nazi, las estructuras del Estado fueron colonizadas por el partido único.

Habida cuenta de la peculiar configuración institucional del sistema político liderado por Adolf Hitler entre 1933 y 1945, son varias las teorías que se han formulado desde la academia para tratar de comprender las claves que rigieron sus procesos de toma de decisiones. Tanto Fonseca como Aristotle Kallis – autor del otro capítulo dedicado a la Alemania nazi, “*Nazi propaganda decision-making: the hybrid of ‘modernity’ and ‘neo-feudalism’ in Nazi wartime propaganda*” – coinciden con Kershaw¹⁵ en que el régimen nazi obtuvo cierto grado de coherencia y unicidad por la generalización, entre los distintos agentes del régimen, de la idea de que siempre se trabajaba para el *Führer*. La asunción colectiva de esta noción – que significaba una cosa distinta para cada “imperio personal” – fue posible en la medida que siempre había una disposición normativa que invocar para justificar el propio interés, lo cual tuvo el efecto de promover

¹³ Hitler, Goebbels y Göring eran muy jóvenes cuando tomaron el poder. Por otro lado, el *Führer* y su secretario Martin Bormann carecían de formación universitaria.

¹⁴ El 90 por ciento de los ministros del Tercer Reich eran miembros del NSDAP, y el 78 por ciento militaban en el nazismo antes de que Hitler fuera nombrado canciller.

¹⁵ KERSHAW, Ian. “‘Working towards the Führer’: reflections on the nature of Hitler dictatorship” en KERSHAW, Ian y LEWIN, Moshe (eds.). *Stalinism and Nazism: dictatorship in comparison*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.

las rivalidades entre diferentes organizaciones. El profesor Kallis, para quien el modelo de Kershaw se complementa con el análisis “neo-feudalista” de Koehl,¹⁶ opina en esta línea que la naturaleza híbrida del sistema nazi de toma de decisiones encontró probablemente su expresión más elocuente en la maquinaria de propaganda. Por este motivo, dedica su capítulo a analizar las dinámicas de funcionamiento en dicho ámbito político, desde la premisa de que la resistencia de Hitler a cualquier forma de control burocrático a su poder carismático, sumada a su creciente reclusión durante los años de guerra, acentuó las contradicciones en tal campo de la acción ejecutiva. Para ello, el profesor Kallis hace pivotar su estudio en el caso de Goebbels; sin embargo, como pone de relieve mediante una exhaustiva investigación de fuentes documentales, son varias las figuras que jalonaron el universo de la propaganda nazi. De hecho, quien ha pasado a la historia como el omnímodo zar de la política nazi de comunicación no sólo vio su autoridad cuestionada en este terreno – por varias personas (Rosenberg o Dietrich) y en diferentes situaciones (como la “Operación Barbarossa” o la crisis del invierno de 1941)–, sino que además tuvo que esperar hasta las postrimerías del régimen para ver confirmada su hegemonía, fundamentalmente posible en virtud de su acceso privilegiado a la fuente carismática del poder nazi: Hitler.

El Portugal de Salazar no puede asimilarse a la Italia fascista ni a la Alemania nazi, pues el aparato estatal nunca tuvo que competir con el partido único por el dominio de los resortes de poder. De hecho, el partido único del régimen salazarista, Uniao Nacional (UN), fue creado en 1930 por el Ministerio de Interior, una circunstancia que seguramente definió de manera determinante el papel irrelevante que habría de jugar dicha formación, durante el salazarismo, tanto en la toma de decisiones como en el reclutamiento de los ministros. Esto último queda elocuentemente evidenciado en el quinto capítulo, “*The ‘empire of the professor’: Salazar’s ministerial elite, 1932-44*”, a cargo de Nuno Estevao Ferreira, Rita Almeida de Carvalho y António Costa Pinto. A lo largo de sus páginas se describe una poderosa y estable élite ministerial, integrada por individuos que no accedieron al gabinete por su pertenencia a UN – si bien el vínculo partidario siempre constituyó

¹⁶ Para Koehl (KOEHL, Robert. “Feudal aspects of National Socialism”, *American Political Science Review*, 54 (4), 1960.) el “neo-feudalismo” consistiría en una poliarquía des-burocratizada – como la que constituyó el régimen nazi – cohesionada a partir de nociones medievales tales como fe (*Ehre*), compromiso (*Gefolgschaft*) y lealtad (*Treue*). A juicio de Kallis, no hay contradicción entre los modelos de Koehl y Kershaw en la medida que los “imperios personales”, insertos en la orden institucional nazi, posibilitaban la concurrencia de diferentes estrategias encaminadas a la realización de la visión del líder y, al mismo tiempo, la naturaleza carismática de la autoridad de Hitler fomentaba la constante expansión e institucionalización de la estructura poliárquica.

un factor positivo para ser promocionado hasta el puesto ministerial. En contraste, ser profesor universitario (40 por ciento), militar (26.7 por ciento), o graduado en Derecho se consideraron credenciales sumamente ventajosas para obtener un nombramiento como ministro de Salazar. La preferencia de éste por perfiles de ese tipo revela las bases en que hacía descansar su autoridad el dirigente portugués: una burocracia centralizada, una cúpula estatal sobrecargada y una élite administrativa reducida, con acceso privilegiado a un sistema universitario muy elitista. Es significativo, en este sentido, que un 56.7 por ciento de los ministros de la época no tuvieran ninguna experiencia política en el momento de su primer nombramiento.

El hecho de que los ministros ejercieran un papel político efectivo en la toma de decisiones no significa que el gabinete, como órgano colegiado, se mantuviera ajeno a los procesos de desnaturalización experimentados por los ejecutivos de la Italia fascista y la Alemania nazi. No obstante, a diferencia de lo ocurrido en aquellos regímenes, la versión lusa de tal proceso no tuvo su origen en el efecto desestabilizador inducido por el carisma del primer ministro. Salazar, profesor de Derecho, era un experto en la manipulación de la legitimidad legal-racional, y nunca necesitó fomentar un liderazgo de tipo carismático para mantener su posición preeminente en la estructura de poder. Sin embargo, *El profesor* tenía una visión particular del gobierno, y esto tuvo su reflejo en el estilo de organizar el trabajo ejecutivo. Los autores del quinto capítulo ya anticipan algunas de las consecuencias que ejercieron, sobre la vida cotidiana del gabinete, la concepción que de éste tenía Salazar, como por ejemplo la tendencia a concentrar en su persona la titularidad de varios ministerios – inclinación compartida con Mussolini, como ya se vio. Pero es en “Political decision-making in the Portuguese New State (1933-9): The dictator, the council of ministers and the inner-circle” – el sexto capítulo, firmado por Filipa Raimundo junto a Ferreira y De Carvalho – donde se desarrollan los efectos producidos por la personalidad del *premier* portugués en el funcionamiento institucional. Éste, a decir de los investigadores responsables de dicho trabajo, se caracterizó por la preeminencia de Salazar, quien usurpó al gabinete su función deliberativa, fomentando en contraste los encuentros vis-a-vis con sus ministros,¹⁷ así como la celebración de reuniones que solo contaban con la participación

¹⁷ En la frecuencia de los encuentros individuales parece que fue determinante el tipo de ministerio, así como el perfil de la persona al frente. Lo segundo se desprende del hecho de que Salazar mantuvo encuentros con ciertos individuos antes y después de que fueran ministros.

de algunos miembros del ejecutivo.¹⁸ Dada la noción tecnocrática que tenía Salazar del gabinete – al que percibía esencialmente como grupo de expertos –, sus reuniones vieron disminuida la frecuencia a lo largo del período estudiado.¹⁹ Este fenómeno – advierten los autores – no debe interpretarse como una merma en la autonomía de los ministros, pero sí como prueba parcial de la intensiva centralización en Salazar de la toma de decisiones, un hecho que lo haría merecedor del calificativo de “dictador fuerte”.

Finalmente, en el penúltimo capítulo (“Executive, single party and ministers in Franco’s regime 1936-1945”) Miguel Jerez aborda el caso de España, integrando en las mismas páginas el estudio de la élite ministerial y un análisis de las relaciones entre el dictador, el gabinete y el partido único. De aquel aspecto destaca el profesor Jerez en primer lugar que, *a priori*, el único requisito insalvable para formar parte del gobierno español de la época lo constituía una lealtad inquebrantable hacia el *Caudillo*. Los vínculos con una o más “familias políticas”, o estar bien situado (esto es, tener contactos, riqueza o pertenecer a un cuerpo burocrático de élite), indudablemente ayudaban a ascender hasta el gabinete. Sin embargo, una mínima sospecha de deslealtad bastaba para quedar fuera de juego. En este sentido, no resulta extraño que Franco promocionara para puestos ministeriales a familiares o compañeros de armas (algunos de ellos incluso provenientes de El Ferrol, su localidad de origen).²⁰ En segundo lugar, subraya el profesor Jerez que el perfil sociológico del ministro de Franco, en la etapa más temprana de la dictadura, se correspondía con el de una persona de elevada formación – solo un individuo sin estudios superiores ocupó un puesto en el ejecutivo franquista en las casi cuatro décadas de existencia del régimen –, militar (47.1 por ciento) o jurista de profesión,²¹ y de extracción social media-alta (acreditada paradigmáticamente con la presencia de varios representantes de la vieja aristocracia). En tercer y último lugar, el autor del capítulo matiza la tesis de la discontinuidad de la clase política, respecto al régimen republicano precedente, al poner de relieve el hecho de que algo más de una cuarta parte de los ministros

¹⁸ Según los autores, a estos encuentros asistían los ministros involucrados en alguna política concreta.

¹⁹ A tenor de los hallazgos realizados por los autores en su investigación de las fuentes primarias, el consejo de ministros acabó siendo convocado, la mayoría de las veces, para cuestiones de política general. En este sentido, es muy probable que la reunión del gabinete tuviera como función principal la sanción de decisiones previamente adoptadas por Salazar.

²⁰ Concretamente, fueron tres los ministros de Franco oriundos de esta localidad. Resulta llamativo que, después de Madrid, el referido municipio gallego constituyera el lugar de nacimiento más común entre los ministros de la época.

²¹ Sin contar a los juristas del ejército, aproximadamente una cuarta parte de los ministros del período eran abogados.

del período estudiado contaban con experiencia parlamentaria – la mayoría de ellos, durante la Segunda República. No obstante, en lo que constituiría una prueba de que se puede conseguir por las armas lo que no se puede alcanzar a través de las urnas – a decir de Jerez –, la mayor parte de los ministros reclutados para el gobierno no contaban con experiencia previa en cargos políticos ejecutivos o representativos. Por lo demás, como bien se explica a lo largo del capítulo, la configuración institucional del franquismo responde a un diseño dirigido por el *Caudillo* y pensado para su preeminencia sobre las demás instancias administrativas, ya sean estatales o partidarias – aunque a veces tampoco se distinguen fácilmente los límites entre unas y otras –. Semejante estructura de poder encuentra explicación, parcialmente, en el contexto bélico que enmarcó su nacimiento y primer desarrollo – una circunstancia que sin duda distingue al caso español del resto – pues Franco encontró las condiciones favorables para responder a la demanda de liderazgo existente entre los sublevados y sacar partido a las divisiones existentes entre ellos. En esta estrategia, el Consejo de Ministros jugó un papel fundamental en la medida que le permitió acomodar en el poder a las distintas “familias políticas” y aliviar las tensiones que a menudo aparecieron entre ellos.

Como ya se adelantó más arriba, cierra el libro un capítulo a cargo del editor del volumen que, como su propio título indica (“Single party, cabinet and political decision-making in fascist era dictatorships: comparative perspectives”), pretende ofrecer una visión comparativa e integrada de los casos individualmente abordados a lo largo de la obra. No obstante, el profesor Pinto no se limita en estas páginas a realizar una labor de compilación y síntesis, sino que también asume objetivos de investigación propios – como identificar a los principales *veto players* –, y desarrolla el análisis de la variable partidaria. Semejante enfoque le permite concluir, entre otras cosas, que la importancia del eje dictador-partido único es inversamente proporcional al peso de la élite ministerial en el proceso de toma de decisiones; o que los autócratas tienen dificultades para crear partidos que legitimen sus regímenes cuando han conseguido el poder gracias a otros medios. Éstas y otras tesis recogidas en *Ruling elites and decision-making in fascist-era dictatorships*, sean más o menos controvertidas, prueban en todo caso la vigencia de un debate – el que versa sobre la naturaleza del fascismo – que tiene en este libro una línea de reflexión sumamente fértil. Sin embargo, tampoco habría que desestimar la aportación que realizan los responsables de este trabajo a la metodología para el estudio de los sistemas políticos no-democráticos, un tema que seguramente seguirá demandando la atención de historiadores y científicos sociales en el transcurso del siglo XXI.